

EL MOTÍN

Año XXXV.

Madrid, Jueves 19 Agosto 1915.

Número 33.

AYER Y HOY

LOS PROTESTANTES

Después de maldecirlos y execrarlos
Papas, Concilios, Reyes y Señores,
los frailes enardecen los furores
de la plebe que corre á exterminarlos.

Perseguirlos, prenderlos y quemarlos
por herejes, blasfemos é impostores,
es servir al Señor, que sus rigores
les hará sentir luego al condenarlos.

¡Esto era ayer! Hoy plebe, aristocracia,
jesuítas, frailes, alto y bajo clero,
piden con fervorosa pertinacia
que aunque templos derribe el teutón fiero,
Dios no aparte un segundo de su gracia
¡al Papa de la Iglesia de Lutero!

José Nakens

Cartas que envío

Queridos amigos de la *Unión Republicana Graciense*
(Barcelona)

Después de haberse perdido la batalla, hay soldados que continúan haciendo fuego. No impedirán con esto el avance de los enemigos, pero si matan á algunos, aquellos habrá de menos en otros combates.

Así ustedes.

A pesar de ver que la suscripción de la Cruz Roja Republicana no había respondido á los sueños que nos forjamos unos cuantos, han continuado enviándome mensualmente la modesta cantidad que podían. Si unidas á las de los meses anteriores contribuían á evitar una angustia á un correligionario, nada les importaba que el partido no respondiese.

Cuando recibía cada mes la carta firmada por el amigo José Bonet, remitiéndome las pesetas que se habían recaudado en ese Centro, sentía emoción profunda; la que se experimenta

siempre que nos enteramos de una acción generosa, y más si la realizan, hombres que se ganan penosamente la vida.

Estoy agradecidísimo á cuantos han contribuido á la suscripción; pero especialmente á ustedes, y á cuantos en estos últimos meses han enviado una cantidad cualquiera, por insignificante que fuese; es decir, á los que han continuado disparando, á pesar de ver perdida la batalla.

Y á unos y á otros tengo el deber de decirles, que el jueves último escribí esta carta á Castrovido, Albornoz y Santillán:

«Mi querido amigo: Como habrá usted visto en EL MOTÍN de hoy, me han sentenciado á destierro.

Quisiera antes de marcharme que tres personas dignas y veraces comprobaran que he repartido la cantidad recaudada para la que llamé *Suscripción de la Cruz Roja Republicana*; y he pensado en usted y en (aquí los nombres), como directores de los tres diarios republicanos de Madrid.

Por lo tanto, ruego á usted que soporte la pejiquera. No debiendo dar publicidad

al reparto, quiero que tres compañeros de su fuste puedan testificar que he cumplido con mi deber.

Como las tres redacciones tienen teléfono, les será fácil ponerse en comunicación.

Claro es que me gustara más que un día de éstos se descolgasen los tres á almorzar aquí conmigo, para solventar esa cuenta; pero en esto, allá ustedes.

Suyo siempre afectísimo amigo y compañero.»

Cuando ellos me citen ó vengan, diré el resultado de la comprobación que hagan.

Y sepan cuantos han contribuido á la suscripción, que tienen derecho á examinar la forma en que he repartido la cantidad recaudada, ya que, por varias razones, no debo publicarla en EL MOTÍN.

Reitero las gracias á todos y me repito de cada uno affmo. amigo y correligionario,

JOSÉ NAKENS

Cartas que recibo

Confieso de veras, que si hubiera sospechado que iba á recibir tantas pruebas de afecto y cariño completamente desinteresados (y digo desinteresados puesto que de mí nadie puede esperar nada) habría hecho mucho antes de ahora méritos suficientes para ser desterrado; y no pequeños y mezquinos como las que se me reconocen en la sentencia transcrita en el número anterior, sino grandes, indiscutibles...

¡Qué cartas estoy recibiendo! Algunas [no podría leerlas en voz alta; balbucearía.

Y no vaya á creerse que vienen todas firmadas por amigos que conozco personalmente y que sabía de antemano que había de recibir; no. Infinidad de ellas vienen firmadas por esos que yo he llamado tantas veces *amigos desconocidos*; «Y éste ¿quién es? Y éstos ¿quiénes son?», tengo que preguntar.

Dudo ¿qué digo dudar? niego que pueda haber ningún republicano que haya experimentado las satisfacciones que yo estos días, por mucho que lo hayan aclamado en público; y creo que todas esas satisfacciones vienen á mí, más que por lo que he hecho, *por lo que he dejado de hacer*.

De buena gana publicaría todas las cartas que recibo; pero sobre que llenarían varios números de EL MOTÍN, sería aplicarme á mí mismo las cen-

suras que alguna vez he dirigido á otros, por hacer servir á la propia exaltación los sentimientos de simpatía ó admiración que inspiraban. Esto sin contar con que á los que me escriben tan sincera y noblemente, pudiera molestarles que se creyese que eran ellos de los que aprovechaban toda ocasión favorable para exhibirse. No, mis amigos no son de esos.

Pero como tampoco tengo la fuerza de voluntad bastante para sustraerme en absoluto á las halagadoras sugerencias del orgullo, á continuación, y para muestra, y en representación de todas, voy á transcribir las dos primeras cartas que he recibido (omitiendo nombres y lugares por las razones antedichas): una de un *amigo conocido*, y otra de un *amigo desconocido*. El primero vive en la provincia de Cáceres y el segundo en la de Navarra.

La del primero dice así:

«Mi querido D. José: Acabo de leer EL MOTIN y me emborracho de indignación al ver cuánto (aquí un calificativo muy duro) y tanto (aquí otro más duro aún) tiene el partido republicano.

¡Para qué ofrecer á usted y á su querida hija lo que saben que es suyo! Esta humilde casa, lo que encierra y cuanto valga y pueda su dueño, está siempre á la disposición de ustedes. Les espera con los brazos abiertos dispuesto á recibirles en ella el más humilde y el más leal de todos sus amigos». — (Aquí la firma).

12-8-915.

Y la del segundo dice lo siguiente:

«Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío y distinguido correligionario: Leo con sorpresa en EL MOTIN de hoy la sentencia de destierro que pesa sobre usted á 50 kilómetros de distancia de Madrid y cuatro años de duración. Como quiera que esta villa se encuentra á esa distancia y más, ruégole acepte mi casa para venir á vivir usted y quien quiera de su familia; aquí estará atendido y cuidado, si no con lujo, porque soy un modesto labrador, con cariño; y si bien soy soltero, tengo casa grande y algún campo y viñas, donde se distraerá usted y olvidará las ingratitudes recibidas; y aunque pocos, tendrá buenos amigos, y sobre todo leales y sinceros; por otra parte, aprenderá á saber la vida que se hace en esta fanática y clerical Navarra.

Quizá le ofrezcan más, pero mejor que aquí no estará usted en parte alguna; se le quiere, se le admira y se le venera.

Admita el ofrecimiento, que no le pesará, y no dude que no se le hará largo el destierro, y hasta se alegrará de haber salido de ese Madrid corrompido y venir á respirar el aire libre y apretar las manos de unos pocos amigos que de corazón le quieren.

Espero accederá á nuestro ruego.

Suyo afectísimo seguro servidor y buen correligionario. — (Aquí la firma.)

12 Agosto 1915.

P. D. Nada de vanos ofrecimientos; sólo de verdad, y con el corazón en la mano.»

Por estas dos cartas pueden mis lectores formarse idea de las que estoy recibiendo y explicarse las satisfacciones que disfruto.

En el número anterior afirmé que donde quiera que fuese *iría conmigo*, con lo cual quise dar á entender que no iría mal acompañado. Calcúlese lo envanecido que estaré ahora, sabiendo que me acompañarán en el viaje y permanecerán conmigo en el punto que elija, todas estas satisfacciones íntimas, hondas, fortalecedoras...

No vamos á la guerra...

La guerra viene á nosotros...

Esto anunciábamos el año pasado y esto empieza á ocurrir. Pero no ha ocurrido por ahora en la forma estrepitosa con que invadió á Bélgica, Francia y Servia; viene sigilosa y embosada bajo el manto jesuita.

Antes de dar la señal de alarma, la guerra ha maniatado á España, incapacitándola, castrándola y sumergiéndola en modorra.

Los clericales lo dicen sin rebozo: la neutralidad es una imposición clerical. No es un acto del gobierno nacional, sino una orden del Vaticano, pregonada por el jesuitismo y hecha efectiva con la amenaza de los *requetés* fortificados en los conventos. Inútil es que los ministros del rey afirmen lo contrario. Su alianza con la Iglesia está legal y públicamente pactada en el Concordato, sometido á las Regalías. Estas imponen á los gobiernos el deber de reprimir con dureza todo amañeo de la Iglesia que pueda turbar la paz pública y dañar al interés nacional.

La campaña, mal llamada neutralista de la Iglesia, es notoria de toda notoriedad. Ante su realidad escandalosa, no cabe más discurso que éste: ó el Gobierno prevarica contra las Regalías tolerando tal campaña política, ó bien el Gobierno cree que esta campaña es legítima y justa; es decir, es la campaña que la monarquía constitucional hace por medio de la Iglesia oficial del reino, tratando de disimular con el antifaz religioso el empeño político.

¿Es cierto que la Iglesia hace esta campaña de imponer la neutralidad, no para salvar á la nación de los peligros de la guerra, sino para servir la causa de Austria y del jesuitismo? Sí: es cierto. Ahí están los *requetés* afirmándolo á tiros: ahí está la prensa católica, azuzando y aplaudiendo á los *requetés*: ahí están los obispos bendiciendo las banderas ó consagrándola la institución con sus «misas de campaña» é indulgenciando á su buena prensa.

¿Es cierto que la Iglesia es un organismo oficial de la Monarquía?

Sí. Sueldo oficial cobran los oficiales eclesiásticos: privilegios, honores y títulos oficiales ostentan. Obispos,

canónigos y párrocos elige el Gobierno. El Estado hace los nombramientos del personal; subvenciona servicios; declara autoridad pública la Eclesiástica; acepta como definitivas sus sentencias y decretos; castiga como delitos los supuestos agravios á dogmas, personas y culto.

La Iglesia es, pues, parte esencial del Estado, como la milicia, como la policía, como la Magistratura y como la Universidad.

Y está sometida al Estado mediante las Regalías, de modo tal y tan firme que el Estado puede, dentro del Concordato, procesar, condenar, confiscar y desterrar á cualquiera oficial eclesiástico, cardenal ó sacristán, que conspire contra el bien público.

Siendo esto así, no conociéndose acto alguno del Gobierno reprobatorio de la política eclesiástica, es irremisible concluir que el Gobierno aprueba tal política.

Mas no se trata ya de una aprobación supuesta é implícita. Los viajes del Nuncio por España, en las regiones consideradas como centros de laborantismo; los agasajos populares que las autoridades eclesiásticas y civiles otorgan al delegado del Papa ante el gobierno, y que, en resumen, vienen á crear una autoridad extravagante en la disciplina española; los extremos y ostentosos mimos al jesuitismo que exceden los límites de los tiempos de mayor fanatismo; la pertinaz acción de los tribunales sobre y contra los elementos antijesuitas; los atropellos de la Constitución y de las leyes, denunciadas por los propios partidos monárquicos; todo eso, que rebasa la etiqueta del Concordato y de los precedentes políticos, demuestra palmariamente que el Gobierno, no sólo sanciona sino que ampara y premia esta campaña. El Estado, pues, se felicita de que su *Iglesia*, es decir, la Iglesia oficial del Estado, haga lo que hace, y que le imponga esta sobada y jesuitica neutralidad.

¿Cómo deberá llamarse á esta farsa del Gobierno, de predicar *neutralidad* forzosa y honrada en la *Gaceta*, y de excitar y fomentar esa fuerza neutralizadora? La Iglesia del Estado no es neutral: luego tampoco lo es el Estado que actúa por medio de su Iglesia oficial.

POLVOS Y LODOS

Después de las observaciones del artículo anterior, creo que no están en lo cierto los periódicos que se extrañan, deplorándolo, de la enemiga demostrada á España por los franceses de Africa.

Todas las autoridades españolas son oficialmente católicas. ¡Ay de los coroneles Labradores que se resistan! La Iglesia, militarista y aduladora de la milicia, arrancará al propio

coronel del ejército sus galones militares para vestirle el sambenito de penitenciado, y trocará la cruz laureada de San Fernando por el aspa de San Andrés.

Toda la España oficial es católica, y como tal, sometida a la Iglesia.

Mas la Iglesia ha dejado ya de ser la mística sociedad religiosa alejada del mundanal ruido. Ella misma se predica como sociedad política e impone a sus fieles la política vaticana por los medios jesuíticos.

He aquí cómo y por dónde la campaña catista-eclesiástica, rabiosamente aliófora y austrófora, levanta los odios de los franceses y de sus aliados contra España.

ESPAÑA Y AFRICA

¿Creen los periódicos aludidos que los franceses son imbéciles e incapaces de hacerse estas mismas reflexiones? ¿Creen que en Europa se ignora la letra del *Concordato* constitucional que prohíbe a la Iglesia tales estridencias; y la existencia de esos trasconcordatos llamados *Convenios*, que sirven para fusilar por Real decreto de los ministros las leyes solemnes de las Cortes; y la existencia de esos otros trasconvenios, guardados en los secretos de la trastienda monárquica-jesuítica?

No es de imaginar en esos periódicos tal creencia. Para algo tendrán en España sus Embajadas y Consulados las naciones, y para algo los diplomáticos traídos a España habrán estudiado la constitución jurídica y la dinámica política de nuestra desdichada Patria.

Ellos podrán informar a sus Gobiernos y pueblos sobre el fenómeno de la campaña clerical, hecha oficial del reino por el tejido de las leyes y por las mañas de los funcionarios.

¿Podrán los franceses de África convencerse de que los Iglesia española, rabiosamente francófoba en la Península, pierde su virulencia al pasar el Estrecho y cambiará su esencia en África? ¿No llevan allí nuestros católicos su odio a la Francia atea y su principio de moral católica de que al hereje y al impío no se le debe lealtad ni fe?

De dudar es que nadie logre convencer a los franceses de tan extraño e inverosímil milagro.

Y menos, cuando el mayor empeño de la Monarquía en África es llevar allá frailes y más frailes. Y menos, cuando en España se da asilo a Muley Hafid, sospechado de conspirar contra la soberanía de Francia en África. Y menos, cuando España está siguiendo allá una política de captación y soborno de caciques, desmoralizándolos a ellos y escandalizando a sus pueblos.

En último resultado, habrán de encontrarse allá frente a frente, el *ateísmo francés* (única condición que ven en los franceses nuestros cleri-

cales) y el catolicismo español, vestido con el propio uniforme de Torquemada y Epila.

Esto, que había de ocurrir, es lo que fatalmente ocurre.

S. PEY ORDEIX

Cine clerical

El padre

—¿Qué cosas tiene esta doña Julia! Me hace usted reventar de risa.

—Pero, señora, si es la verdad... Pues qué, ¿no son hombres como los demás?

—Claro que sí; pero, vamos, la clase, los votos que hacen, y luego el escándalo... Vaya, que no está bien.

—¡Bah, bah! Esas son bobadas... Eso según se hagan las cosas. Ahí tiene usted a don Eleuterio, el capellán de las monjas, que tiene fama de santo, y bien tiene en su casa a una real moza.

—Es su cuñada.

—Quite, quite usted; si no ha tenido ningún hermano... Guardan las formas, y asunto concluido. Figúrese usted, no hay más que una cama en la casa...

—¡Ja! ¡Ja! Puede que don Eleuterio duerma en el suelo, para que ella esté bien recreada... Los santos las gastan así.

—Sí; pero el caso de don Lucas ha sido muy distinto. ¡Mire usted que un vorro en casa de un sacerdote!... Ayer tenían puestos a secar unos pañales en el balcón. ¡Lo que se reían las del 4! Yo no sé cómo el señor obispo no toma cartas en el asunto.

—¡Uf! También ha sido un buen espada. No dió poco que hablar cuando fué canónigo de Sevilla...

—Yo no sé por qué no les dejan que sean casados; sería lo mejor.

—Ya lo están, señora, aunque no lo parezca. ¿Por qué cree usted que los llaman *padres*? Pues porque lo son o pueden serlo, como don Lucas.

—Mujer, son padres de almas.

—Y las almas, ¿no están dentro de los cuerpos? Pues son padres de cuerpo y alma, como los demás padres.

—¡Ay, qué diablejo es usted!... No sea mal pensada, no sea mal pensada.

—No; si yo no los censuro por eso. Ya verá usted con qué retintín cuando vea a don Lucas le voy a llamar *padre*.

—¡Mujer, por Dios, no sea usted así! ¡Ay, es usted terrible!...

—Y a ella no sé qué decirle... Pero no se escapará sin una chilindrina. ¡Bonita soy yo! Sí, porque a estas tías les parece que, porque son amas de cura, pueden mirar a las demás mujeres por encima del hombro, y yo no paso por eso... Ni llovido del cielo; mire usted por dónde asoma don Lucas... Espere usted...

—¡Por Dios! Me pone usted nerviosa...

—No tenga usted cuidado... ¡Buenas tardes, *padre* Lucas! ¿Cómo está usted, *padre*? ¡Ay, *padre*, y qué caro es usted de ver! ¡Vaya con Dios, *padre*! Recuerdos a los de casa, *padre*... Se va bufando y rojo como un pimiento...

—Es usted tremenda. ¡Pobre hombre! Total, no ha hecho más que lo que todos...

FRAY GERUNDIO

Post-nubila...

Cuando desaparezcan de los campos de batalla el torbellino de humo y polvo que ciegan los ojos y la tronada de los cañones que aturden el oído, y el sol de la claridad y de la calma recobre su imperio sobre el siniestro panorama... ¿qué de cosas veremos hasta ahora imprevistas e inesperadas!...

Ya se están esbozando algunas de ellas.

De las que más han llamado la atención es esta: «Ninguna iglesia cristiana ha considerado pecado grave la guerra; todas la han reconocido lícita, incluso el Vaticano, incluso las órdenes religiosas, incluso los jesuitas».

Y he aquí la novedad. Para la tarea de propagar el cristianismo entre los infieles ¡cuán pocos jesuitas dieron su sangre!, y de los que la dieron ¡cuánto habría que hablar! En los trances de persecución religiosa ¡cuán raros son los imitadores del Jesús de Getsemaní, que digan a sus sayones: «Yo soy el que buscáis... Prendedme».

Mas, al tratarse de la guerra, dícnoslos los clericales, que el clero todo ha dado pruebas de soberbio patriotismo.

De los jesuitas, he aquí la curiosa estadística publicada por *La Croix* de París, del 31 de Julio, con respecto a los franceses:

«Forman parte del ejército 615 jesuitas. Actualmente están fuera de combate 109; 47 muertos, 18 prisioneros, siete desaparecidos, 37 heridos o enfermos sometidos a tratamiento.

«En el frente están 281: 57 de capellanes, 20 de capellanes enfermeros, 78 de enfermeros, 126 de combatientes y servicios de intendencia.

«Ciento dos están en los hospitales y 101 en los servicios de retaguardia o en los depósitos (varios en Tien-Tsin y en Tananarive).

«Veintidós rebajados o libertados, varios de ellos por heridas graves.

«Han sido objeto de distinción 61: seis han sido nombrados caballeros de la Legión de Honor, cinco han recibido la medalla militar, uno la cruz de San Jorge (rusa), uno la medalla de epidemias y 48 han sido citados en la orden del día (cruz de guerra).»

Curioso documento este. De 615 jesuitas, que en tiempos de paz son capaces de revolver medio mundo y de conquistar 615 duquesas, en la guerra solamente 61 se han distinguido. De diez, uno. ¡Qué pequeñez... Los otros nueve quedan a la altura de cualquiera senegalés insignificante...

Y de los distinguidos ¡sólo UNO ha recibido la medalla de epidemias! Los otros han brillado por sus méritos guerreros, a lo cipayo y a lo garibaldino... ¡Matando boches!

EL NOTIN



El clericalismo español "bailándole agua al Papa de la Iglesia de Lutero"

Pues estas insignificancias y contraproducciones, los jesuitas españoles las celebran á son de bombo y platillo, como diciéndonos: «si somos majos los jesuitas, en lo de patriotas y en lo de boxeadores.»

Y piden los felicitemos, como de corazón les felicitamos. Sobre todo á los 126 combatientes en el frente de batalla, recordándole este hecho al jesuita Lacaze que en España reclama para los suyos la exención del servicio militar como indigno de los pacíficos jesuitas...

No hablemos del patriotismo. Para poder juzgar de ello, necesitaríamos saber cuántos jesuitas franceses, obligados al servicio militar, hay entre los 16.000 que componen la secta. Pues, si los obligados son seis mil y sólo acudieron seiscientos... ¡pata para el patriotismo!... Y aun se debiera discutir si esos 615 fueron mandados por la Orden «al viaje sin vuelta», ó si fueron por huir de la familia, y aun se debiera buscar si en el ejército luchan á lo militar ó laboran á lo jesuita.

No divaguemos. El objeto de este artículo es otro. Es el de hacer observar que si entre los aliados hay 615 jesuitas, entre los contrarios habrá algunos millares.

Esto es lo donoso. Los socios de Jesús fusilándose unos á otros, como fieras...

Y lo que ocurre con los jesuitas, ocurre con los demás frailes y aun con el resto del clero. En el ejército italiano hay 38.000 presbíteros romanos. En tal proporción, puede calcularse que en la guerra no bajarán de 100.000 los combatientes crismados, que se descrismarán unos á otros, entre cosacos, cipayos, se negaleses y bereberes.

¡Lástima... lástima grande que los directores de la guerra no vayan extrayendo disimuladamente de las trincheras á los hijos de la familia humana, dejando solos á esos hijos de la familia religiosa, con sus ametralladoras, bombas de mano, gases asfixiantes, líquidos incendiarios y demás pertrechos guerreros.

Y una vez solos y frente á frente, debiera convocarse á la Humanidad al espectáculo de destrozo de combatientes y de sus reservas, con estos carteles fijados en las esquinas:

«Transformación evangélica,
en diecinueve siglos.

Cristo envainó la espada de Pedro:
pasó curando paralíticos.

Sus ministros acaban luchando así...
con la bendición de sus jefes.

No mueren por el reino de Dios, pero
mueren y matan por los reinos de la tierra... ¡como los paganos!

¡Lindo espectáculo que ahora se verifica entre el humo y el polvo, entre el trueno del cañón y el gemir de los heridos!...

Cuando, después de la guerra, los tribunales militares investiguen quiénes fueron los soldados autores de los atropellos que ahora restan anónimos, de los homicidas, mutiladores, ladrones, incendiarios y violadores... ¿no habrá ningún jesuita, ningún fraile ni ningún sacristán?

¿O serán, á lo mejor, de ellos los principales autores? ¿Será algún oficial del Vaticano el que dispara los cañones sobre las catedrales y templos católicos? ¿Será algún capellán de monjas el director de las violaciones?

¡Lo que nos enseñará el sol de la ver-

dad cuando se disipe el nubarrón de la tormental!...

R. MAYOL

“LOS MISERABLES”

Ha dejado de publicarse en Barcelona este diario tan valiente. Se habían juntado en él unos cuantos muchachos de talento y de empuje que desentonaban admirablemente.

¿Causas? Las ignoro; pero sean cuales fueren, lamento que haya desaparecido. Probablemente habrán sido éstas: poco dinero, muchas denuncias y falta de apoyo material y moral de los correligionarios. Lo de siempre, por no variar.

En cuyo caso no me resta más sino repetir la conocida frase:

¡Honor á los vencidos!

El luteranismo en España

Un curioso pugilato háse celebrado días de atrás en Madrid, entre los Sres. Fliedner, nuncios apostólicos del luteranismo alemán en Madrid y algunos intelectuales, de quienes se ha hecho caudillo el Sr. Unamuno.

A los Sres. Fliedner se les hace intolerable que los intelectuales españoles se propasen á tratar de las cosas de Alemania, exhortándoles en nombre de la civilización y de Lutero á barrer antes, de nuestra casa, la basura clerical de que España se está haciendo «muladar europeo».

Replicanles los nuestros que no sienta bien á evangelizadores de Cristo y á los heraldos de la Patria celestial, como única Patria cristiana, el hacer de su órgano apostólico, *Revista Cristiana*, un organillo del germanismo imperialista y pangermanista.

En esta trínca Unamuno ha podido decir de los evangélicos: «Si en defender la Patria celestial en España los Fliedner hubiesen mostrado tanto celo como el demostrado en defender su Patria terrenal, otro gallo les cantara á ellos, y aun quizá á España. Porque pongamos por caso, si el hermano que ha muerto en las trincheras defendiendo las pretensiones del kaiser, hubiese muerto en España luchando contra el clericalismo y defendiendo los fueros de Cristo, el espectáculo habría sido magnífico y ejemplarísimo: la sinceridad religiosa quedara probada de modo indiscutible, el luteranismo contaría con un mártir glorioso y la Alemania oficial habría tenido excelente ocasión de atraerse la simpatía de la España liberal, barriendo con pequeño esfuerzo la basura que se acumula en nuestra casa, gracias á los clericales de acá y al apoyo de los protestantes de allá y de todas partes.

Pero, no; los Fliedner, que tantas oportunidades tuvieron para derramar su sangre por la causa del Evangelio en España, mostráronse avaros de ella, y han hecho un protestantismo de mogiganga, que el Papa habría costado por su cuenta de buena gana si no lo hubiesen traído los teutones. Pues en este tiempo de parlamentarismo universal, al Vaticano le conviene su miaja de oposición moderada, ajustada á las necesidades de los tiempos, que permita hacer creer al extranjero que en España disfrutan de paz los disidentes y de libertad para servir de comparsas al rabioso clericalismo.

Tan de acuerdo han ido clericales y protestantes, que ni á un solo proceso han sometido nuestros fiscales de la Defensa Social, á escritor alguno, á pastor alguno, ni á propagandista alguno del protestantismo. Ni uno en la cárcel; ni menos en presidio; ni siquiera desterrado... ¿Cabe mayor tolerancia del catolicismo hacia el protestantismo? Quizás los clericales repliquen que á su tolerancia han respondido los protestantes con otra igual, tolerando cuanto se les ha exigido, y haciendo un protestantismo prudente, exquisito, delicado, módico, sin ruidos, sin procacidades, sin bullanga: protestantismo de prebendados y no de apóstoles.

De cuya reciprocidad, unos y otros podrán decir: «qué gusto da ser católico al lado de tales protestantes... qué dulce vida la de ser protestante al lado de tales católicos...»

Esta alianza sigilosa, ha debido producir, naturalmente, la actual alianza luterano-clerical-germanófila. No están de absoluto acuerdo los aliados, en la defensa de Cristo; pero lo están en la defensa del kaiser. Como lo están los mahometanos de Turquía y los jesuitas austriacos.

Por donde venimos en conocimiento de un Super-Evangelio, de un Super-Alcoran y de un Super-Dios, á cuyos pies se postran unánimes, turcos, católicos, «requetés» y evangélicos; los discípulos de Lutero y los hijos del Loyola: los Fliedner y los Mella.

¿Yor qué esta alianza germanófila no se ha de completar, cediendo el obispo la catedral para el culto de los Fliedner, y éstos sus capillas para ejercicios á los jesuitas?

En el templo del corazón, está ya hecho el milagro. Solo que en el de unos y otros parece haber sido retirado el crucifijo, y haber colocado la imagen de Judas Macabeo.

Más abajo, en el lugar del Cordero místico, deja columbrarse el mitológico Becerro.

De todos modos, la desgracia del luteranismo en España, es grande. En la hora de ser germanófilos, el clericalismo le ha pillado la delantera. Son más kaiseristas los discípulos

de Ignacio que los sectarios de Lutero.

Ni Lutero podía llegar á más, ni el catolicismo español á menos.

Suscripción "Cruz Roja"

	Pesetas
Suma anterior.	7688'55
Antonio Martín González (Sauces-Canarias).	3'00
Electo Aliño (Sueca).	2'00
Un vallisoletano.	3'00
Suma total.	7696'55

La Semana gloriosa (1)

El sexto aniversario de los sucesos de Julio de 1909—no he de llamarles revolución,—se ha conmemorado aquí tan poco como ha sido posible.

Nos hemos tragado una ración de «¡Maura sí!» que se ha de tener un buche de gallinácea para digerirla.

Mitines suspendidos; otros no autorizados, con manifiesta infracción de la Constitución; tiros, sablazos, palos, detenciones á granel, procesos. ¡Ni que gobernara el propio Maura!

La nota para mí más triste, la nota aguda en este sexto aniversario de la *Semana gloriosa*—de la que hablaré algún día para que el grajo se quede con su natural plumaje,—la ha dado uno del montón, de la masa, uno de esos que apenas se llaman nada, y lo son todo...

Desde el presidio de Figueras escribe en nombre de seis víctimas más de la jornada gloriosa, Antonio Villanueva.

Esa voz del presidio que pide un recuerdo, que solicita clamorosa un indulto «tantas veces prometido», que habla «de madres ancianas cuyos días de vida se acortan», me ha llegado al corazón.

En el presidio de Figueras, como en el penal de Tarragona, y acaso en algún otro establecimiento penitenciario, hay republicanos que, inflamados por ardorosa excitación, afinaron la puntería, se lanzaron á la calle, y luego... luego llevan ¡seis años de abandono en los presidios!

¡Si habremos banquetado en seis años los republicanos! ¡Sin miles de pesetas que habremos derrochado en rumbas!

Yo sé de más de un conspicuo que, pobre ayer hasta el extremo de que con mil fatigas podía abonar su matrícula de abogado, á quien se le atribuyen hoy valiosas fincas en los mejores sitios de la población; yo sé de alguien que se da vida principesca, que viaja y derrocha, mantiene que-

ridas á lo Nabab; yo sé de otros que antes no podían comer y ahora reventan de hartos...

¡Y hay quien está en presidio por su arrojo y por su abnegación, por su amor á la idea!

¡Y los que se han fincado, porque obtuvieron cargos por la abnegación y el arrojo de los infelices que están en presidio, cargos que les permitieron agenciarse una fortuna, no se acuerdan de los que los elevaron á la cumbre de su insolente prepotencia!

No se me replique con el poeta, buscando excusa á toda mala acción:

«La vida es esta;

¡qué le hemos de hacer!»

Porque yo diría que la vida no es eso; que tan cochina vida no valdría la pena de ser vivida por hombres de bien.

La ética, la moral, «muy señor mío», debe ser antes que la disciplina. La disciplina parece que se ha interpretado en el sentido de que los sinvergüenzas tengan patente de corso para triunfar, sin que á los pobres mortales que los hicieron hombres, les asista el derecho de cruzarles la cara con un rotundo «¡tío cochino!», que les haga salir verdugones en el rostro.

Las víctimas de Julio que no murieron, están ahí, en presidio.

Hable en pro de ellas la prensa republicana. A los diputados no me dirijo. ¡Harto tienen que hacer con ocuparse de los intereses de su distrito!

Ya lo dijo un escritor francés tan cáustico como justo:

«Vosotros sois diputados del carbón mineral, del petróleo, de la remolacha, diputados de todo, menos de la Nación» (1).

CRISTÓBAL LITRÁN

Barcelona, 7 Agosto 1915.

(1) Cito de memoria, pero el párrafo está en el *Libro de los oradores*, de Timon, pseudónimo de Cormenin.

Cartas á un provinciano

Amigo del Valle: Si leyese periódicos, te habrías enterado, además de un porción de penosas divagaciones sobre la cosa pública—¡ástima, dirás, de esfuerzos perdidos para la agricultura y la industria patrias, por unos malos garbanzos!—además de un montón de noticias inútiles ó contradictorias, te habrías enterado, digo, de cierta interesante polémica entre Jacinto Benavente desde *El Imparcial*—en los lunes—y Luis Araquistáin desde *El Liberal*.

Por varios motivos, que me callo por el momento, ambos escritores atraen singularmente mi atención, cualquiera que sea el asunto que traten, y en este que ha dado origen á la polémica—que sentiré den por concluida en el punto que está—forzosamente había de interesarme muchísimo más; como te habría pasado á ti si te decidieras á volver á leer periódicos, cosa que, créelo, en general, es mucho menos estúpida, embrutecedora é indignante de lo que tú afirmas. Pero, en fin, por solitario y apartado que vivas, es imposible que no haya maltratado tus oídos, si es que has podido evitar el tomar parte en ella, la contienda entre aliadófilos y germanófilos, que es la que, mientras España agoniza lenta, pero seguramente, nos divide hoy á los españoles en los dos opuestos é irreconciliables bandos de siempre, y la que agita con enconado furor verbalista á la valiente generación intelectual que ha tomado á su cargo redimir á España del último desastre.

Me dirás (como si te oyera) que esa contienda es perfecta y naturalmente explicable, puesto que, mientras España acaba de disociarse y hundirse, los españoles no por eso dejamos de serlo; y no pudiendo, por inermes, tomar parte activa en la pelea general, ni entramos siquiera á cuchillo unos á otros—blancos á negros, que negros á blancos nunca les hemos entrado todavía—lo menos que podemos hacer es combatir idealmente; es decir, arrojarnos mutuamente al rostro los más hirientes adjetivos, cuando, por falta de la debida preparación, no se pueda asfixiar al contendiente con retóricos y mortíferos gases.

¡Qué le hemos de hacer, amigo mío! Pero yo quería hacerte notar, que lo que ha dado verdadero y público interés á esta polémica, es, que viene á ser como si combatiendo dos ejércitos sin ceder uno á otro un palmo de terreno, se encontrasen de pronto frente á frente dos generales contrarios—por no decir los dos generalísimos—y se lanzaran á personal combate. Esto siempre produce expectación, y más en este caso, por la modalidad espiritual de los combatientes. Harto comprenderás que no me refiero á la medida de su saber ó de sus talentos; soy, en esto, de tu opinión; creo, como tú, que para juzgar serenamente del genio de un poeta ó del talento de un escritor, es menester que no se pueda oír la voz de sus contemporáneos; es menester que sólo pueda alzarse ante nosotros la figura incorpórea del escritor, en lejanía ideal, sin manchas que la afeen, sin sombras que la desdibujen, velada tan sólo por el velo sutil y piadoso de la muerte; y junto al hombre, libre ya de los bajos instintos de animal, vivo é inmaterial á la vez, sus obras.

Al hablarte, pues, de la modalidad espiritual de los dos contendientes, me refería yo á que por el opuesto modo de su actividad intelectual, por la antagónica dirección de su mente, por la diferente visión del mundo y distinto concepto de la vida, cada uno enfoca la cuestión de tal y tan opuesta manera, que por completo la esclarecen; como si en cada uno de los extremos del diámetro de una esfera, se colocase, á la debida distancia, un foco luminoso. Y, como lleven la polémica hasta sus últimos límites, tengo para mí que quedará plenamente demostrado, puesto al desnudo para el público en general, esto que sigue, que no deja de tener su importancia:

Primero. Que la vida internacional—que es la que á los españoles nos afecta y nos debe interesar—de Inglaterra, Francia y Alemania, ha sido y es enteramente imperialista, es decir, que está caracterizada—habiendo llegado á la agresividad cuando y cuántas veces ha sido necesario—por la adquisición de mercados

(1) Por haber llegado tarde, no se publicó este artículo en el núm. 10 anterior.

que consuman, privilegiadamente, los productos de la tierra ó de la industria nacionales; y por el monopolio comercial mediante la adquisición de las vías de transporte, terrestres y marítimas; esto es, *poniendo esas naciones su fuerza, no al servicio de la libertad humana, que cada hombre, cada grupo de hombres ó cada pueblo tiene que conquistarse por sí mismo; no al servicio del derecho puro, ni de éste ó del otro derecho, que cada agregado social va creando por sí y para sí, sino al servicio de la producción de riqueza y al mantenimiento de las leyes que rigen la distribución de esa producción.*

Y como este mecanismo va siendo cada día más complicado y difícil de sostener, resulta que el militarismo, ó sea, el excesivo coste de las fuerzas armadas de un país, el excesivo desarrollo del ejército ó de la armada ó de ambos á la vez, con el predominio de esos organismos en ciertas esferas de la vida civil que de ello se deriva, es, fatalmente, la enfermedad natural del régimen imperialista.

Segundo. Que las diferencias en el imperialismo de esas naciones son de dos órdenes: el que se deriva de la estructura territorial de cada una y el que corresponde al momento de evolución imperialista en que cada una se encuentra. La agresividad de Inglaterra ha sido esencialmente marítima, y la de Francia y Alemania continental; el imperialismo de Inglaterra es más completo, porque abarca por igual los dos aspectos—industrial y comercial—del régimen, y es también más sólido, porque domina la vida de relación de los pueblos; pero es más suave y menos odioso, porque deja libres al suelo y al vencido. El imperialismo de Francia y de Alemania es menos completo y menos sólido, por razones opuestas, y es más tiránico y odioso, porque tiende á la apropiación del suelo y del vencido. El imperialismo de Alemania es además más brutal, porque ha llegado tarde y tiene mucha hambre, mientras Inglaterra y Francia, que están bien nutridas y obesas, principalmente Inglaterra, han perdido algo de su agresividad.

Y, finalmente: que España debe permanecer neutral y no debe esperar nada bueno del triunfo de uno ni de otro grupo de naciones: es ya medio colonia de Francia y de Inglaterra; si triunfan, lo será más; y lo sería del todo—civil y económicamente—de Alemania si ésta triunfase.

¿Quiere esto decir que no le sea posible á España salir de ese dilema? No. Yo sigo creyendo posible el resurgimiento y dignificación de nuestra patria, pero no por el cultivo de germanofilias ni de anglo-francofilias.

Te abraza, hasta la próxima, tu amigo
M. M.

A la tolerancia por la experiencia

Sin proponérmelo y hasta sin notarlo apenas, voy poco á poco despojándome de las intransigencias que me distinguieron en mis campañas políticas, y explicándome muchas cosas que no comprendía.

Siguiendo de este modo, quizá no tarde mucho en borrar con benevolencias que conservo casi intactas

por haberlas usado rara vez, un pasado de acometividades que me habrán puesto á menudo en ridículo.

Jamás transigí con las apostasias inspiradas en el afán de medro, ni me expliqué los silencios calculados ante las injusticias sociales; y hoy me siento inclinado á disculparlos benévola-mente, diciéndome:

«El miedo á la lucha por la vida, cada vez más ruda aquí, paraliza la acción de los unos; el deseo de medrar sella los labios de los otros. Las *patatas de la independencia* saben ya bien á pocos paladares, y búscanse con ansia las *trufas* del acomodamiento al medio. Vivir al día en las épocas malas con un duro, que á veces no se gana, y no pasar de dos en las relativamente buenas, se considera, entre las gentes que no viven de un jornal, signo evidente de inferioridad; el hombre superior no debe preocuparse de esas pequeñeces que han dado algunos necios en llamar dignidad y respeto propio.»

¿Que pensando así puede darme á última hora por imitar á los partidarios del *primero yo, luego yo y siempre yo*, poniéndome así en contradicción con lo que siempre he sostenido?

Aparte de que estoy ya en mi última hora política, ese es el único temor que no abrigo. Perder la virginidad á los setenta años y pico sería mal negocio para la hembra que pretendiese vivir de sus encantos. Cada cosa en su tiempo.

Moriré, por tanto, como he vivido, buscando cada noche el secreto del día siguiente. Lo que dicho sea de paso, es bastante molesto y desagradable.

Consultor de teligreses

—¿No le parece á usted que Jehová anduvo poco explícito al dictar á Adán y Eva el simpático precepto de que crecieran y se multiplicasen, y que debió añadir: «siempre que os autorice para ello un cura ó un juez municipal?»

—Sí; no hubiera estado demás, para prevenir las contrariedades que sufren los mortales que cumplen el agradable precepto sin sujetarse á esa formalidad puramente curialesca; pero advierto á usted que, según tengo entendido, no se habían inventado aún los oficios de cura ni de juez; así es que el deber de obediencia al mandato divino se impuso á toda otra consideración legal. Lo cual prueba: que los católicos que hacen ahora tantos aspavientos cuando oyen hablar de uniones libres y de divorcio, olvidan de que nuestros primeros padres se unieron libremente, y que si no se divorciaron, tal vez fuera porque no tenían ni él ni ella dónde esconder otra parte contraria. Hubiera habido siquiera otra pareja, y de se-

guro se aparean, Adán con la otra, y Eva con el otro.

—Si un sacerdote se negase á ir á propinar el Viático á un enfermo á pretexto de que vivía lejos y estaba lloviendo, á menos que no le llevara un coche, ¿qué pensaría usted? A mí no me parecería mal que el Viático fuese en carruaje, siempre que los curas fuesen como iba el santo rey David detrás del Arca de la Alianza, á pie y bailando.

—¡Hombre, no! Harían reír mucho á los transeúntes. Además, los trajes que llevan no son á propósito para danzar. Un cura *currelándose de pin- rel* con las enaguas levantadas, y jar- sa y ole y viva tu mare, haría mal efecto. Y luego, ¡tan gordos y tan feos como generalmente son! Sin embargo, si se reanudara esa costumbre bíblico-bailable, me dedicaría en mis ratos de ocio á acompañar viáticos, ya que no tuve la suerte de vivir en aquellos tiempos en que el rey y sacerdote David rendía públicamente culto á Terpsicore.

Bibliografía

Se ha publicado por la Casa Editorial PROMETEO, de Valencia, el tomo sexto de *Las mil noches y una noche*, traducido literal y directamente del árabe por el doctor Mardrus y vertido al español por el eminente novelista Blasco Ibáñez.

La gracia, el desenfado y el interés de los cuentistas árabes prosigue en este volumen con mayor intensidad, señalando elocuentemente su diferencia con anteriores traducciones incompletas y desfiguradas. Gómez Carrillo, el inimitable cronista que ha prologado esta obra, dice con tal motivo: «Las «noches» de Galland eran obrillas para niños. Las «noches» de Mardrus son todo un mundo, son todo el Oriente, con sus fantasías exuberantes, con sus locuras luminosas, con sus orgías sanguíneas, con sus pompas inverosímiles... Así puede afirmarse que quien no ha leído la obra del doctor Mardrus no conoce ni vagamente las historias que hicieron olvidar durante tres años al rey de la India sus crueles desgracias.»

Este tomo y los anteriores, lujosamente presentados, se venden á una peseta en todas las buenas librerías.

Trozos de mi vida TRALLAZOS EN BROMA Y EN SERIO VERDADES AL PUEBLO (Juan Lanas)

Segunda edición.—318 páginas
por José Nakens

Cada tomo DOS pesetas. A los suscriptores directos, el 25 de rebaja.

TIP. «LA ITALICA» VELARDE, 12, MADRID